

En la noche infinita del cosmos.

aroa bohel

Image not found.

## Capítulo 1

En la noche infinita del cosmos, Etmón paseaba por la nada, acariciando las estrellas. “ Ellas son alegres, mientras tienen luz.” Piensa él.

Esas esferas de incandescente calor y belleza caótica, le recuerdan que su corazón de piedra, sigue vacío, aun llevando desde su tierna infancia, buscando la esencia inagotable de la Vida.

En esa noche infinita, en la que navegaba sin rumbo fijo, a veces, solo a veces, encontraba en su camino, pequeños atisbos de belleza.

Esta es la historia de un gigante llamado Etmón, un planeta de cuerpo árido y sin vida, en cuyo interior se hallaba un gran volcán, esperando una chispa que le hiciera despertar de esa soledad que llevaba arrastrando por siglos.

—¿Pero que buscas? —Se acercó, delicada y lenta, la estrella, dibujando una estela a su paso con su grácil danza.

—Busco Vida, Belleza y Amor. ¿Sabes si puedo encontrarla aquí? —le dijo Etmón, con su voz grave, haciendo retumbar a todo lo que estuviera a menos de miles de kilómetros de distancia de él.

—Yo soy la más bella de la galaxia Centaurus. Me llaman Hadar y me encantaría llenarme de vida a tu lado —dijo la estrella, al compás de su propia danza.

Pero Hadar no tenía vida, solo una luz muy hermosa que alimentaba su propio ego. Desde luego ella, no era lo que buscaba.

Etmón se marchó, justo a esa hora en que duermen los sueños.

Caminaba de forma lenta, sin prisa y sin destino. Como equipaje, la nada. Como compañero, la soledad.

De vez en cuando, se paraba a charlar con las estrellas que iluminaban su transitar.

—¿Dónde vas tan apagado, Etmón? Si yo fuera tan fuerte como tú, brillaría de alegría como el más grande sol —decía una estrella, tan pequeña como una mariposa.

—Linda estrella, no digas eso. A lo mejor te parezco fuerte por mi tamaño, pero soy frágil, como la rama de un sauce en un día de tormenta.

Un cometa que pasaba de camino, se paró a conversar con ellos.

—Escuché decir, que vas a algún lugar hacia ninguna parte buscando vida. Yo la he visto en uno de mis incansables viajes.

—Dime, por favor —dijo Etmón, haciendo retumbar la galaxia entera a causa de su entusiasmo.

—No muy lejos de la exquisita Andrómeda, encontrarás el Reino del Sol, es un sistema elegante que te acogerá con los brazos abiertos. Sus siete planetas estarán encantados en ayudarte a que te encuentres con ella —dijo el cometa.

—¿Quién es ella?

—Tierra. La más bella.

—Dicen que está muy enferma —interrumpe la ensoñación de Etmón, la pequeña estrella —.No quiere hablar con nadie, ni acepta que se le acerquen.

Etmón partió enseguida, lleno de ilusiones y de dudas. Antes de ir a su destino, decidió visitar a la estrella Áncora, la estrella de los buenos augurios.

—Áncora, márcame el camino en tu arco de esperanza.

—Veo agua, veo vida, pero también veo una profunda oscuridad. Cuídate de ella —decía la estrella, con su rostro tan remoto como el tiempo.

Cantó tan alto que a todos los planetas que se hallaban cerca de su camino, les brotaron nuevos cráteres.

Corrió y corrió, y no paró hasta llegar a las puertas resplandecientes del Reino del Sol.

Hacía mucho frío en las fronteras del sistema solar, Etmón estaba deseando adentrarse en dirección al sol.

Lo primero que encontró a su paso fue un planeta, se acercó para obtener información para llegar a su amada Tierra.

—Hola, mi nombre es Etmón. Vengo de muy lejos, en busca de vida y de esperanzas.

—¡No sigas! Nadie puede ayudarla. Coge el mismo camino por el que has

venido y márchate.

— No hables con Plutón, es gruñón y maleducado. Yo te diré donde está  
—dijo maliciosamente un satélite que andaba cerca.

—¡Charón no digas nada!

— Satélite, por favor, dígamelo.

—Si me traicionas de nuevo, vete de mi lado —dijo el planeta poniéndose cada vez más rojo.

Etmón se fue para no seguir enfrentando a Plutón y Charón, ya encontraría a quién preguntar.

Conoció a las estrellas más deslumbrantes que nunca vio; Denébola, Sirius, Sculptor, Fornax, Pleiades, Andromeda... Pero solo una de ellas quiso ayudarle en su búsqueda. Justo cuando se hallaba en el hemisferio celeste del norte, conoció a Delphinus, que le acompañó durante toda su travesía. Ella le presentó a los planetas que vivían allí.

El apuesto Neptuno, emanaba un color verde azulado que le impresionó.

Conoció a Urano, de semblante serio y gris. Solo por contradecir a sus vecinos giraba en forma inversa. A él era mejor no preguntar. Con Saturno, ni siquiera se paró a hablar, era demasiado engreída, y Júpiter le causó estupor iera tan grande!

Al tiempo que se iba aproximando al centro, notaba más calor, un agradable estado al sentir que estaba llegando a un lugar llamado hogar.

Cuando conoció a Marte, en un principio pensó que había llegado a su destino y que era ella a la que buscaba, al apreciar su belleza exquisita, de un color rojizo con cráteres bien definidos que la hacía ser tan atractiva. Pero no era ella...

Marte le dijo —Mira al frente y observa la multitud de sentimientos, el fuerte oleaje de su piel. El contraste de azules te hará llorar por la hermosura que desprenden.

Y lloró. Lloró de gozo por encontrarla, al fin, después de toda una vida sin ella.

Entonces, la amó con solo mirarla, nunca vio nada comparable. Vida.

Etmón intentó acercarse a ella, pero Luna se lo impidió.

—Caballero ¿No ve que la dama está muy enferma? Le pido por favor que se marche antes de que ella le vea.

—Luna, te lo agradezco, pero no me protejas más —dijo la Tierra al darse cuenta que tenían compañía —¿A que debo tan amable visita? Por el cansancio de sus ojos, diría que viene de muy lejos.

—La busco a usted, para que cada palabra suya le dé vida a mis solitarios ojos.

—Pero no ve que estoy enferma... Hay unos seres que habitan en mí, que piensan que soy suya y me están destruyendo.

—Si yo pudiera ayudarla...

—Nadie puede —dijo Luna.

—Yo te contaría mil historias —le dice Etmón a la Tierra —. He viajado por miles de millones de años por este vasto universo. Te llenaría de nuevas ilusiones, si dejas que me quede a tu lado.

—Estoy sumergida en llantos de viejas y nuevas bocas, sangre de súplicas y olas de angustia. Quédate conmigo, serás mi nuevo compañero en este viaje final.

Tierra y Etmón tuvieron tantas conversaciones que pasaron siglos.

Ella le contó que Luna y el rey Sol estaban enamorados desde hace mucho tiempo atrás y no se atrevían a confesarse su amor. Ella que estaba en medio, pagaba todas sus discusiones. Cuando Luna y Sol se reconciliaban, sus aguas quedaban en calma pero cuando discutían, todos los mares de la bella Tierra se alborotaban.

A Etmón le gustaba acariciar la zona árida de la espalda de su amada, sus montañas, el valle de su vientre, el bosque de coníferas y la sabana más profunda. El desierto de su cuello...

Moría de amor por ella.

Etmón no podía conciliar el sueño y se debía a los sombríos augurios que los ojos de su amada hacia entrever en su mirada.

—Ya queda poco —decía Tierra con tristeza en su voz —. Mi cuerpo está agotado. Amo lo que tengo, pero se me acabaron los recursos para mantenerlo. No puedo salvarlo. Sobre mi corazón llueve sangre de inocentes. Me hieren con bombas y gases. Todo se lo han tragado, en mí se acumularon las guerras y sufrimientos. Yo, ya me he ceñido al dolor pero ya no puedo dejar de gritar. Me duele. Este es mi destino icruel

destino! Ya solo quedan ruinas de lo que fui. Es la hora de partir ¡Oh, abandono!

— No, Tierra, la más bella —rugió Etmón con gran dolor.

La más bella se volvió marrón y árida, el azul que le daba vida desapareció para siempre. Se fue rompiendo en trozos y cada pedazo de ella se convirtió en una estrella. Cada una de esas estrellas rodearon a Etmón y le llenaron de luz por siempre, junto con Delphinus que nunca se apartó de su lado y Luna.

Etmón se llevó a su cuerpo las vidas que quedaban en el cuerpo de su amada, ya sin vida.

Él no tenía tanta vida como tenía Tierra. Sus mares eran llantos de alegría, su cuerpo era zona árida y sin curvas de mujer que dan armonía y calidez. No había ríos ni lagos. No había flores, porque ellas eran la sonrisa de la Tierra. En su cuerpo no había recuerdos de otras vidas, no había historia.

Los supervivientes tendrían que empezar de nuevo y se darían cuenta del valioso tesoro que habían perdido.